

sino también sus vestidos de cien maneras diversas: el ramito de violetas, el crisantemo de revuelta cabellera, la dalia de pétalos simétricos, parecen florecer sobre la *écharpe* de pieles, sobre el manguito y en la corbata que adorna el busto. Violetas rusas de color obscuro y aroma penetrante, violetas de Parma de esa tonalidad malva tan delicada, frágiles orquídeas, rosas de Niza, soberbios claveles, se reparten á porfía nuestras predilecciones. Se prenden en la cintura, delante, al costado, en el cruce de la estola ó de la *écharpe*, en el ojal de los trajes sastre, cambiando de sitio varias veces durante el día, según el vestido y el abrigo. Este adorno de flores es un gracioso capricho de la moda, de que debemos aprovecharnos.

Para alegrar los abrigos de pieles se imaginan adornos de terciopelo, eligiéndolo de matiz vivo cuando ha de destacar sobre un fondo obscuro. Bullonados de terciopelo verde hoja obscuro y franco se extienden alrededor de la abertura de una chaqueta de astracán, simulando un cuellochal, y reaparecen al borde de las mangas cor-



Fig. 2.

complicados, ideados sólo para satisfacer el capricho de personas que viven bajo la constante obsesión de lo nuevo.

Muchos paletós tienen chalecos lisos y cortos que quedan completamente ocultos cuando el abrigo está abrochado. Suelen ser de piel lisa de armiño, nutria, castor-nutria y aun de topo, ó bien de tela cubierta con galones ó bordados, de seda brochada ó de tela antigua, y se ven también de encaje con algunas lentejuelas de oro mate. Nada chocante ni desproporcionado hay en estos adornos, gracias á la discreción con que están combinados, y tienen la ventaja de



Fig. 1.

tas con volantes ligeros de encaje. Un cuellecito redondo de terciopelo rosa pálido, todo bordado con oro apagado, completa una corbata del mismo terciopelo. Las pieles naturalizadas, como el armiño ó la cebellina, han dado últimamente lugar á un adorno original. Con ellas se hace el cuello vuelto de los abrigos, dejando colgar en franja por delante las patas y la cola. Las dimensiones del cuello no pasan de las del de un gabán de hombro, pero la franja se alarga un poco en el delantero y la piel se presenta con la misma flexibilidad que una corbata negligentemente echada sobre los hombros. Esta disposición, tan sencilla en apariencia, requiere toda la habilidad de un buen peletero.

Con la cebellina y la marta se emplean, sobre todo, los adornos de camafeo; he visto un paletó de marta todo bordado con flores de cinco pétalos hechas con aplicaciones de tafetán fruncido bien apretado. Estos frunces son indispensables para dar á la tela delgada el relieve que necesita para estar entre la blandura y espesor de la piel. Estas mismas flores se pueden copiar con *soulaches* estrechamente agrupados; pero hay que confesar que los hermosos abrigos de buenas pieles nada ganan con estos adornos



Fig. 3.

que, bajo la prenda cerrada, nadie adivina en la calle el chaleco claro, que reaparece con toda su frescura al entrar en un salón, sin más que soltar algunos corchetes. Todos esos chalecos se detienen debajo del busto y encima del talle, y nada engruesan la silueta.

El eclecticismo actual de la moda permite al observador curioso contemplar en un mismo salón, y próximos unos á otros, trajes muy variados y distintos, así en su hechura y en sus líneas como en la composición de sus elementos. Tomemos como ejemplo una de las combinaciones clásicas de esta temporada, la del paño y el terciopelo.

Ved un largo traje Princesa de terciopelo liso, que cae sobre una falda de paño del mismo color, sin dejar ver de ella más que el estrecho delantal y el bajo del volante que la rodea: un cuello de Irlanda ó bordado con felpilla y *soulache* es el único adorno de esa túnica. Mirad allá un paletó corto de terciopelo que se combina con una falda de paño y se adorna con trenchi-



Fig. 4.

llas, galones y botones de igual color, buscando la sobriedad. Esa falda está trabajada con profusión de pliegues, repinzados, escalas, *soulaches* y cuantos adornos os plazca imaginar, sin necesidad de que tengan relación alguna con los del abrigo. Más allá se os presenta la combinación inversa: la falda es de terciopelo, y los adornos son de paño en volantes planos ó franjas incrustadas; el «bolero», amplio y suelto, reproduce la misma disposición ó es de paño con referencias de terciopelo en el cuello, en las carteras de las mangas y en los vivos de los *straps* que la adornan. Observad ese otro tipo de trajes todos de terciopelo, muy sencillos, sin adornos marcados, cuyo principal atractivo es el reflejo de la misma tela, y su feliz contraste con los pecheros de encaje ó de guipur, que dejan ver anchos tirantes drapados ó diminutas chaquetas.

Es difícil dar idea por escrito del trabajo y delicadeza de estos pecheros: son de guipur fino, de encaje y de gasa rayada con pliegucitos y repinzados, recortada en franjas estrechas y caprichosas, que esmaltan con bandas mates el